

La tumba de las buenas memorias

Juan Sebastian Traslaviña Niño



Capítulo 1

La tumba de las buenas memorias

Ya el bar está cansado, es hora de echar a los de siempre que se apegan a sus botellas y cerrar la noche como una de tantas aunque la verdad, solo espero que no vuelva a llover, trapear la entrada es aburrido ya después de 5 años de abrir el bar.

Acércate miedosa botella, no es el momento de estrellarte contra la cabeza de un borracho, más bien de traer de regreso a esos viejos fantasmas de las alegrías de ya distantes años.

Éramos 5 o 6 creo, los que siempre pasábamos los recreos alrededor de esa banca en la cual difícilmente cabían apenas 4 personas pero eso era lo de menos. Siempre había algo por lo que hablar, que si reír porque Nico se le olvidó otra vez la tarea de dibujo o que si a alguno se nos venía la vena hacia arriba porque esto es así y vale la pena discutirlo como si de nuestras vidas tratase pero la gracia yacía en que siempre era esa misma banca, la que aguardaba nuestra tímida juventud que todos en mayor o menor medida decidimos dedicar por algunos escasos 20 minutos a hablar, a ver como estaba el otro tras ese saludo casi interrumpido en la mañana por el sonido del timbre de las clases y creando así, de forma espontánea y casi de cuento melancólico, una relación que hoy no es más que un bello recuerdo de esa juventud tan alejada de todo y a la vez tan cercana en cada uno de todos.

Licor no grites más, deja de reír, vas a hacer esto más triste de lo que ya se ve mientras estoy tirado encima de esta vieja barra que ha hundido o levantado, ya no lo sé, a tantos hombres con más o menos fe.

Recuerdo como me restregaba su cabello aquella vez, era joven y lo que hoy es un despertar vespertino repleto de lágrimas de alegría o de dolor por haberla dejado ir así sin más ya no da gracia, al menos me contento con saber que ella está bien, al igual que los otros, y que pudo hallar su felicidad de la mano de otro mientras yo, siempre inseguro, titubeaba o balbuceaba cualquier frase que quisiera alguna vez haberle dicho mientras estábamos juntos esa noche en que la luna enrojecía su ser con tanta belleza que después, ya solo y tan triste como condenado, solo la misma luna podía enrojecerme a mí con su dulce vista, tan blanca y bella que ni desvelándome admirándola me hacía capaz de olvidarme de ella. Al menos fui capaz de dar ese paso hacia adelante, no la olvide pero si fui capaz de superar lo que alguna vez tuve con ella pero aun con todo e incluso felicitarla por su boda, compre desesperado y casi de manera catártica un telescopio solo para poder escapar a mi tejado y trasnochar una vez más a esa imagen tan enrojecida de ella que estaba clavada en

mi mente.

Ya no sé si la luna se enrojecería una vez más para hacerme recordar a ese ser pero el abedul que la cubre enfrente de mi tejado se hace a sí mismo en su crecer casi tan mágico que es como si una pequeña colonia de fantasmas tan bien parecidos se hubieran hechos los vecinos de bar del barrio solo para que cómicamente algún borracho vomitara en su morada y estos claramente molestos los espantaran o que para el dueño, ya con una edad considerada y una melancolía que le llena el alma con cada trago que sirve, le sirvieran como esos viejos amigos que vuelven de vez en cuando para ser un poco de luz en la oscurana que inunda su bosque.

Esta botella se ha vaciado tan bien que no me quedan más ganas que de irme a descansar de una buena ves, total y ya se ven los tigres de nuevo en la lluvia que se avecina.

Playlist

Los libros de la buena memoria. Luis Alberto Spinetta

El anillo del capitán Beto. Luis Alberto Spinetta

El diluvio y la pasajera. Luis Alberto Spinetta

Mariposa Technicolor. Fito Páez